

REVISTA UNIVERSAL ILUSTRADA



ZOOLOGIA — ZOOTECNIA — CAZA — PESCA — EQUITACION — VARIEDADES

DIRECTOR — PROPIETARIO, FRANCISCO DE A. DARDER Y LLIMONA

PRECIOS DE SUSCRICION: — **España**, 2 pesetas trimestre. — **Extranjero**, 7 pesetas 50 cénts. semestre. — **Ultramar**, el precio que fijen nuestros correspondentes. — Para las suscripciones, anuncios y reclamaciones, dirigirse á la Redaccion y Administracion de este periódico, calle de San Pablo, núm. 75, 3.^o, Barcelona. — Horas de oficina, todos los días laborables de 1 á 3.

MUSARAÑAS.

Raras veces adquieren mayor tamaño que un ratón, con cuyo animal tienen alguna semejanza. Su hocico prolongado termina en una geta y sus ojos son muy pequeños. Las orejas redondas, y cortos sus dedos en número de cinco en cada pie. Su cuerpo es velludo y suave, particularizándole una franja estrecha de cerdas tiesas, en cada hijar, entre las cuales aparece en el tiempo de celo un líquido almizclado, segregado por un aparato glandular, cuyo uso se ignora. Se conocen varias especies de musarañas, pero que difieren tan solo las unas de las otras en el tamaño y pelaje, pero conservan las mismas costumbres. Dauben-



ton fué el primero que dió á conocer la musaraña acuática, mucho mas común hoy que la terrestre.

En el grabado que insertamos está perfectamente representada.

No tiene los pies palmeados y si sólo guarneidos de recios pelos en forma de abanico los cuales reemplazan á las membranas interdigitales.

gitales: nada con mucha facilidad, y pasa gran parte de su vida dentro las aguas, donde persigue á los insectos acuáticos que constituyen su principal alimento. Es animalito nocturno, y por lo tanto entra en su agujero tan pronto como el sol asoma en el horizonte y no vuelve á salir hasta la hora del cre-

púsculo. La musaraña pare en la primavera y acaso en las demás estaciones del año y dá á luz doce ó quince pequeñuelos cada vez.

LA LIEBRE

II

El grabado inserto en la primera página del número anterior nos pone á la vista el animal de que se trata, y que vamos á estudiar minuciosamente, en el acto de ser descubierto por un cazador, del cual le libra la ligereza de sus piernas. Efectivamente, la naturaleza ha dotado á la liebre de una conformacion especial que la hace ser el animal más ligero de los mamíferos.

La cabeza de la liebre es oblonga, larga y fuerte en el macho, más estrecha y fina en la hembra, arqueada desde la punta del morrillo hasta el nacimiento de las orejas.

Tiene veintiocho dientes, á saber: cuatro incisivos superiores y dos inferiores, doce molares arriba y diez abajo. Los incisivos de arriba más largos que los inferiores, presentan en el sentido de su longitud un surco tan pronunciado, que pudiera hacerse creer á un observador poco experimentado, en la existencia de cuatro dientes en lugar de dos. El animal nace, segun se cree, con todos sus incisivos, pues recien nacidos se les encuentra ya con el simple tacto.

La liebre, el conejo, y segun las apariencias todos los roedores, no tienen más que una denticion. Los primeros dientes persisten. En lugar de gastarse, envejecen y caen como acontece con los dientes de leche, van engranadiéndose, alargándose y fortificándose con la edad. Seria curioso ver lo que sucederia con el pobre roedor durante la crisis de la segunda denticion. La naturaleza no podia quitarle ni aun pasageramente el instrumento principal y esencia de su existencial; léjos de eso, hacérselo cada vez más fuerte y proporcionar su pujanza á las necesidades del individuo.

Los ojos de la liebre son grandes, ovalados, saltones, y la vista, segun se supone, no es de las mejores; pero hay que advertir que esta suposicion se basa en consideraciones y deducciones únicamente.

Desmesuradamente largas las orejas, se extienden hacia atrás, y aunque muy próximas al nacimiento ó base, resultan muy separadas hacia los extremos.

Y ya que de orejas se trata, diremos que todo el mundo las conoce; pero todo el mundo no las conoce bien. No han reparado todos los ojos en el extremo de elegante perfeccion que las distingue y en su admirable conclusion. Trasparentes, cubiertas apena de un pelo finísimo, no están en manera alguna recargadas y juegan sin fatiga la extrema movilidad que les es necesaria. Partes exteriores del órgano del oido, concurren activamente al efecto que llamamos audicion. En el animal que nos ocupa, esta funcion reviste inmensa importancia. La liebre, dice Buffon, se sirve

de ellas como de un gobernalle para su carrera; el sentido de la audicion es exquisito en este cuadrúpedo, y el instrumento visible de la funcion está en actividad permanente. Su longitud ha sido observada y medida; su forma es por demás interesante. En el reposo, la oreja tendida hacia atrás, se apoya sobre el cuello y el lomo herméticamente cerrada la abertura, hasta el punto de que no puedan penetrar por ella ni la lluvia, ni el rocío, ni el polvo; pero dispuesta siempre para la percepcion del más insignificante ruido. Cuando este se deja sentir, por leve que sea, el pabellon se irgue abriéndose, y tomando una direccion favorable á la percepcion de los sonidos.

Los lomos de la liebre son largos y potentes como toda la parte trasera.

La cola parece corta; más de lo que lo es sin duda por estar retorcida hacia adelante.

Comparativamente con los miembros posteriores los delanteros tienen poca longitud: las extremidades gruesas, é indicando mucha fuerza, teniendo cinco dedos las delanteras y cuatro las posteriores, cerrados todos y embutidos en un pelo espeso que les protege efficazmente contra las fatigas, y las punzas de los matorrales.

El pelaje, de un gris oscuro en las ancas, presenta una variacion producida por las tres tintas de que se coloran todos los pelos de la espalda. El vientre y debajo de la cabeza son blancos; negro encima: la cola, blanca debajo, y el extremo de la oreja negro. Por lo demás sujeta á mil y una variaciones, este modelo no puede ser tomado en tesis general, sino como le tipo más frecuente entre nosotros. En efecto: por un fenómeno comun, en todas las comarcas que cubre la nieve por una larga temporada, la piel de las liebres, sufre en invierno una transformacion notable.

Como el ropaje de los pájaros andadores que caminan más que vuelan, ella toma el color del suelo con el que se encuentra tan constantemente en contacto. En Europa las perdices, las liebres y otras piezas, tienen un color terroso con auxilio del cual se disimulan y encubren, confundiéndose con el terreno y escapando á los ojos del cazador. Pero en Terranova, por ejemplo, los animales, comienzan á palidecer á la aproximacion de la estacion de las nieves y blanquean hasta la primavera, época en la cual su capa se reviste de nuevas tintas para tomar en estio su primer color. La observacion no es nueva y se comprende perfectamente, porque el hecho es tan antiguo como la creacion de las especies.

(Se continuará).

EL CAZADOR DE GAMOS

Estaba amaneciendo: una ancha faja gris se presentaba por oriente, y á medida que avanzaba hacia el zénit, los astros de la noche velaban su discreto resplandor, extinguiéndose sucesivamente. A poco de amanecer aparecieron resplandores líneas de color de

fuego; que reflejando en la roca que corona el pico del Rawsberg le daban el aspecto de una gigantesca masa de oro resplandeciente: su base estaba todavía envuelta en la sombra; los valles dormitaban envueltos en una espeso manto de vapores, que á los primeros rayos de la aurora, se coloreaban de opalinos matices, la brisa que se levantaba á intervalos, hacia ondular y arremolinarse la bruma en gigantescas ondas, algunas veces la rasgaba y dejaba entrever, tan pronto las negras masas de la selva, como las formas indecisas de algun sitio abrupto y salvaje.

En el sendero que serpentea por los flancos del Rawsberg se hallaban dos cazadores, jóvenes entrambos, y vistiendo la verde librea de los hijos de San Huberto. Sin embargo, bastaba fijar en ellos un momento la atencion para conocer que los dos no habian nacido en la misma condicion, y que no estaban destinados á representar el mismo papel en la sociedad. El que iba delante tenia una talla regular, y parecia dotado de un vigor y de una agilidad caracteristica de los montañeses; su pié tenia la flexibilidad y firmeza de los del gamo para caminar por la arista del precipicio, para saltar de roca en roca por encima de los abismos; su tez aunque fuera rubicunda como la de la mayor parte de los hijos de la Germania, estaba bronceada por el sol y por el aire.

El segundo era alto y delgado en demasía para que pudiera ser vigoroso; su cabello y su naciente barba tenian ese matiz blanquecino que es peculiar de las gentes del Norte, y su tez pálida hasta parecer lívida, indicaba que con más frecuencia habia respirado la atmósfera de los salones que el aire incisivo de las montañas, como el temor involuntario con que tenia que luchar en los sitios en que el sendero se convertia en cobriza, probaba tambien que estaba más acostumbrado á pisar alfombras que las movedizas piedras del Rawsberg.

El primero de los cazadores se volvia de cuando en cuando, para cerciorarse de que el otro caminaba sin tropiezo. Cuando por cierto extravio en la mirada, por las gotas del sudor que inundaba su frente, comprendia que empezaba á sentirse preso de esa horrible sensacion que llamamos vértigo, acudia en su auxilio, le daba la mano y le ayudaba á franquear algun paso dificil. No obstante, miéntras multiplicaba esos testimonios de solícito cuidado, se veia cruzar por sus labios una sonrisa que indicaba cierto desden hacia su camarada, y sobre todo un sentimiento de orgullo al reconocer su superioridad.

Habian llegado nuestros cazadores á la zona, donde desaparecen los últimos vestigios de la vegetacion, donde algunos oleandros, arándanos y enebros desmedrados, diseminados acá y allá, eran los únicos representantes de la existencia de la naturaleza. La ascencion se iba haciendo cada vez más penosa, cada vez más rodeada de peligros. Habia desaparecido completamente la huella del paso frecuente del hombre; era necesaria la experincia del primero de los cazadores para volver á encontrar su camino á través de aquel caos de pedruscos amontonados, que tan pronto obligaban á los dos jóvenes á subir por pendientes casi verticales, como á salvar, saltando de roca en roca, las profundas grietas abiertas que los separaban.

Despues de una media hora de este ejercicio gimnástico, el jóven delgado jadeaba, sus fuerzas se habian agotado visiblemente. Con acento breve, imperioso, que indicaba el habitual del mando, mandó al otro cazador que se detuviera, y dejando su carabina, desembarranzándose de un ligero morral, se sentó el primero al abrigo del hueco de una roca.

— Dianbre, meinher Wilhem, exclamó el montañés con aire de buen humor, parece que vuestras piernas no son tan sólidas como largas; pero si nos detenemos á cada cien pasos, los gamos habrán abandonado ya los

sitios donde pacen, y vos no estais cortado ni mucho ménos para ir á buscarlos á donde se hayan retirado para dormir su siesta. Daos prisa á respirar, hijo mio, y jen marcha!

Aquel á quien su compañero acababa de llamar meinher Willhem lanzó sobre este último una mirada de sorpresa impregnada de una irritacion contenida; evidentemente no estaba acostumbrado á verse tratado con tanta familiaridad.

— Partiremos cuando yo os dé órden para ello, contestó; y os daré la órden cuando me halle suficientemente descansado. Me habeis pedido un federico de oro, para conducirme á la montaña en busca de los gamos; teneis ya vuestro dinero, lo demás es cuenta mia.

— Perdonad, replicó el cazador, cuya fisonomía habia recobrado su expresion chocarrera, precisamente porque he recibido vuestro dinero me empeño en ganarlo poniéndos en disposicion, no diré de matar, pero á lo ménos de disparar vuestra carabina sobre el más hermoso de los gamos que hayan saltado jamás por el Rawsberg; es necesario, si no llevais sus cuernos á Berlin, que no podais acusar nunca á Stephen Raubvogel de vuestra torpeza. No echeis en olvido que todavía nos resta una hora de camino ántes de llegar á los parajes.

— ¡Bah! dijo Wilhem destapando su cantimplora, tal vez serán bastante complacientes para ahorrarnos la mitad del camino.

— No lo espereis, meinher el Brandebourgués, exclamó el cazador. Si tuviéramos que habérnoslas con las imbéciles liebres de vuestras areniscas llanuras, no diré que no; pero la gallarda cara del gamo montés no ha aprendido buena educacion entre los señores franceses, y se decidirá mucho ménos á bajar que á subir, porque seguramente no sospecha el honor que quiere hacerle un personaje de vuestra importancia, porque vos no sois un cualquiera, ¿no es así, meinher Wilhem? continuó acentuando su sonrisa burlona. Perteneceis al ejército, y aun apostaría que servís en caballería.

— Así es.

— Oh; lo he conocido en seguida por el modo de andar fácil y ligero que me recuerda mucho el del corpulento oso que hallamos algunas veces en el Rawsberg. Y lo ménos sois porta-estandarte.

— Algo más, Raubvogel.

— ¡Peste! Entónces teniente.

— Algo más.

— ¿Capitan?

— Mas alto.

— ¿Mayor?

— No llegais todavía.

— ¡Oh! replicó el cazador con aire de duda, sin embargo sois demasiado jóven para mandar un regimiento.

— Hace seis años que tenia dos bajo mis órdenes, cuando tuvimos la gloria de anonadar á los ejércitos del moderno Atila bajo los muros de Leipsick. Pero dejemos á un lado esos recuerdos, añadió el jóven, que acababa de dar algunos avances á su cantimplora; mi grado en el ejército no tiene importancia para vos, libre montañés. Probad más bien este aguardiente que he traído de la campaña á que siguió nuestra victoria, y os admirareis como yo de que Dios haya colmado de tantos beneficios á una nacion tan odiosa como la de nuestros enemigos.

— Tal vez ha querido de este modo obligarnos á hacerle frecuentes y amistosas visitas como la última, contestó el cazador, cuya fisonomía, que ántes participaba de la duda y de la admiracion, habia recobrado con presteza su expresion maliciosa.

Al mismo tiempo cogió el frasco, é iba á llevarlo á sus labios, cuando llegó á sus oídos un silbido particular, que venia de lejos, pero que repetian los mil ecos de la soledad; soltó tan precipitadamente la cantimplora, que una parte del líquido que contenia se derramó

por el suelo y escurriéndose detrás de la roca que les servía de abrigo.

— ¡Al suelo, echoas, meinher Wilhem! exclamó con voz vibrante, aunque contenida. Voto al diablo, habeis nacido vestido; los gamos son los que vienen á nuestro encuentro. Hace diez años que ando frecuentando el Rawsberg y esta es la primera vez que soy testigo de un hecho semejante. Aplastaos bien detrás de la peña, empequeñeced como la liebre cuando oye al cazador que se acerca.

En efecto, apénas había acabado de hablar, cuando una manada de siete ó ocho animales desembocaba por una garganta superior, á algunos centenares de metros del sitio en que ellos estaban detenidos. Asustados por el ataque de algunos animales carnívoros, ó por la aparición de algún otro cazador, huian saltando de roca en roca; al parecer se dirigían hacia las espesuras y debían pasar á un tiro corto de los dos compañeros.

Acurrucado detrás de su escondrijo, Raubvogel se había echado ya á la cara su carabina y apuntaba cuidadosamente, siguiendo la costumbre de las gentes de su profesión.

— Apuntad al que teneis delante, meinher Wilhem, dijo en voz baja á su vecino, á ese macho robusto que marcha á la cabeza de la manada; es el general de los gamos. Yo me encargo de colocar mi bala en la retaguardia.

La caza llegaba con la rapidez de la flecha. En la misma línea que seguía había una desembocadura demasiado ancha para pasárla sin riesgo; en el momento en que el corpulento gamo que había indicado el cazador saltó á la torrentera, Wilhem disparó su arma. El animal cayó al recibir el tiro, pero levantándose en seguida se dirigió hacia la derecha subiendo por una pendiente bastante empinada, seguido en aquella dirección por sus compañeros, cuando Raubvogel, disparando á su vez, mató al último de los fugitivos que cayó rodando y quedó inerte tendido encima de las piedras.

— ¡Alerta! ¡alerta, meinher Wilhem! exclamó el cazador triunfante. Por lo que respecta á mi víctima no hay más que hacer que recoger su cuerpo; pero el vuestro? Soy de opinión que nos dará mucho que pensar.

— ¡Por los tres reyes magos! casi estoy seguro de haberle herido, contestó el joven, jadeante de emoción.

— ¡Voto á cibas! y yo os aconsejo que os vanaglorieis de ello. Pensar que si el cielo nos presta su auxilio, tan precioso gamo puede servirse en la cena del monarca. Meinher Wilhem, habeis hecho una heroicidad.

Así hablando ambos cazadores se dirigieron hacia la desembocadura de que hemos hablado donde yacia el gamo muerto. Raubvogel no se tomó la pena de mirar á su víctima: despojándose de su cacerina y de su chaqueta, las arrojó sobre su caza á fin de ahuyentar las águilas que se hubieran arrojado sobre ella durante su ausencia: luego, precediendo á su compañero, subieron ambos sobre las rocas por donde habían desaparecido los gamos. El cazador andaba encorvado, examinando cuidadosamente el terreno y buscando la huella.

— Le habeis herido detrás y un poco alto, meinher, dijo despues de un momento: el animal está herido por encima de la nalga izquierda: mirad, precisamente la sangre cae por la extremidad de la uña. Sin embargo, aunque los huesos estén intactos, añadió despues de haber hecho nuevas observaciones, la herida no es por eso menos grave. Arroja sangre en abundancia, y esta es encarnada y espumosa: hé aquí otra huella en que la pezuña se marca completamente ensangrentada. Si se le agotan las fuerzas, tenemos algunas probabilidades de hallar á nuestro gamo y podreis vanagloriaros de que os mima la fortuna, meinher Wilhem. Ver un gamo en una pradera, herirle en la nalga y llevárselo á casa todo en el mismo dia, es más de lo que puede esperar un cazador.

La perspectiva que Raubvogel acabada de presentarle había animado singularmente á Wilhem. Sus pálidas mejillas se tiñeron de carmín, sus ojos despedían fuego y al mismo tiempo que su vigor se aumentaba considerablemente, subía las pendientes más empinadas, saltaba por las fragosidades, salvaba los pasos más difíciles con un ardor que el cazador se veía obligado á templar.

No obstante, cuando hubieron recorrido así una distancia de un millar de metros, el último empezó á dar señales de impaciencia y de despecho que llamaron la atención del ciudadano.

— ¿Qué os pasa, maese Raubvogel? le preguntó el joven. ¿Habriáis perdido por casualidad la huella de nuestro animal? ¿Creeis que haya recobrado fuerzas para escapar á nuestra persecución?

— Cuando los gamos se toman la pena de indicar por sí mismos en caractéres sangrientos el camino que siguen, Raubvogel no pierde nunca la pista. El animal que habeis herido no puede correr más allá de cinco minutos: anda vacilante como un hombre que ha bebido demasiada cerveza. Mirad como en ese resalvo de arena se ve obligado á desviar las pezuñas para no perder el equilibrio. A pesar de todo, meinher Wilhem, empiezo á creer que no seremos nosotros los que nos regalemos con ese venado.

— Hacedme el favor de decir por qué.

— Porque se va en derechura al valle de Bodo, porque debe haber llegado al Rosstrapp, porque se habrá arriesgado á saltarlo y porque como todos los que han intentado como él hacerlo en este momento, habrá caido en el abismo y será comido por los peces del torrente en lugar de serlo por las águilas de la montaña: de todos modos no estará menos perdido para nosotros.

— ¿Qué es el Rosstrapp? preguntó Wilhem.

— Os lo explicaré cuando hayamos llegado á él, lo que no tardará en suceder.

Efectivamente, cuando hubieron andado algunos centenares de pasos y dado la vuelta á un gran peñasco que les había ocultado el horizonte, se encontraron súbitamente en frente de un sitio particular y grandiosamente salvaje. No era un valle, sino una rasgadura del Rawsberg lo que tenían á sus piés: parecía que la montaña en alguna formidable convulsión de los primitivos tiempos se había hundido en aquel sitio en una extensión de una legua. La hendidura tenía un ancho de treinta metros á lo más por ciento de profundidad: sus paredes eran casi verticales. El que intentaba sondear el abismo no veía más que rocas negruzcas y lisas, entre las cuales crecían algunas de esas plantas parásitas que vegetan en el orificio de los pozos. El fondo de aquel valle singular se perdía en las tinieblas, y los mugidos del torrente que corría por sus profundidades unían sus siniestros rumores al horror que causaba el cuadro.

Aun cuando nuestro joven cazador no estuviese evidentemente de humor contemplativo, aquel paisaje había causado en él cierta impresión y estaba absorto admirándolo. Mientras su espíritu flotaba entre el estupor y el extravío, Raubvogel se había arrodillado sobre una enorme piedra blanca que llegaba casi á flor del precipicio y examinaba minuciosamente la arista exterior. Al cabo de algunos momentos se levantó.

— ¡Pues bien! ¡Ha saltado! dijo suspirando apesadado: ahora si quereis llevaros vuestra caza, que es la gloria del cazador, es necesario que os decidais á irla á buscar vos mismo al fondo de la cima, porque esa es una tarea que no me llama la atención.

— ¡Bah! contestó sonriendo el joven: añadiré dos felicidades al que te he dado esta mañana.

— Ni aun que me diérais diez: he rehusado mayor cantidad de un inglés que quería llevarse á su país la corona de oro, que hace muchísimos años siguió el mismo camino que ese gamo.

—¿Qué corona de oro es esa? preguntó Wilhem con curiosidad.

—La historia que he ofrecido contaros os lo dirá, contestó Raubvogel sentándose en la piedra.

(Se continuará)

LAS BAQUIRAS

Habitan estos animales extensas comarcas de América, y se conocen de ellos dos especies distintas que solo se diferencian en las proporciones de su talla y en el color de su pelaje. Se conocen por los nombres de baquira de *collar*, y baquira de *labios blancos*. La primera, más pequeña, se distingue por su color gris uniforme, á excepción de una faja que rodea las espaldillas y se prolonga sobre el espinazo, mientras que la segunda es de mayores dimensiones y su piel de un color pardo oscuro, casi negro. Ambas especies de jabalíes americanos se alimentan de raíces, frutas, ranas, sapos, lagartos y serpientes, y habitan generalmente en los troncos huecos de los árboles ó en las cavidades de las rocas.

En otros tiempos fueron muy abundantes las dos especies, pero hoy han disminuido considerablemente á consecuencia de la encarnizada guerra que les hace el hombre para librarse de un enemigo que devasta continuamente sus plantaciones.

Las baquiras son mucho más ligeras y activas que el cerdo, pero de una conformación muy parecida á la de este animal y perfectamente representada en el grabado que figuró en la 5.^a plana del número anterior. Como medio de defensa tienen las baquiras dos puntiagudos colmillos que salen de las comisuras de los labios, dándoles esta arma un aspecto bastante terrible.

La hembra tiene en cada parte dos jabatos que cuando nacen son tan pequeños como un perrillo, adquiriendo en poco tiempo un desarrollo notable que les permite seguir á su madre al través de los bosques.

A la llegada del otoño se asocian unas familias con otras y marchan reunidas, y á la presencia de un cazador ó de una fiera se

defienden colectivamente, haciendo uso de sus formidables colmillos.

La caza de la baquira se hace generalmente con perros, y no interviene el cazador hasta que la lucha se encarniza. Algunas veces las baquiras perseguidas se refugian en una caverna ó en la hendidura de una roca guardando la entrada uno de sus individuos, que es reemplazado por otro si sucumbe, y así sucesivamente hasta que perece el último.

De las «Veladas de caza» por Mayne Reid extractamos á continuación una aventura referida por un cazador, que demuestra la tenacidad y fiereza de aquellos animales.

Después de describir la encarnizada lucha que presenció en una de sus excursiones, entre un considerable número de baquiras y una serpiente de cascabel, prosigue su relación en los siguientes términos:

«Desde que aparecieron las baquiras, me tendí sobre el tronco de un árbol, levanté mi carabina con precaución y la disparé apuntando al más hermoso jabato de la manada. El animal lanzó un grito cuyo eco repitieron todos sus compañeros. No sabía si estaba herido ó muerto, sólo sí que le vi caer. Tampoco tuve tiempo de asegurarme de ello, pues apenas se disipó el humo del tiro, vi que toda la manada, en lugar de huir como yo esperaba, se dirigía apresuradamente hacia mí.

«En un momento me cercaron todos aquellos animales, saltando furiosos y

rechinando sus dientes. Me encaramé cuanto pude al árbol, pero éste no era muy alto y no me ofrecía seguro abrigo. Resistí el ataque descargando á diestro y á siniestro culatazos que derribaron algunas baquiras, pero volvían nuevamente á la carga y me mordían las piernas, de tal modo que casi me dejaron sin pantalones.

«Comprendiendo el peligro que corría, luchaba desesperadamente haciendo rápidos molinetes con mi escopeta; pero no bien había derribado uno de aquellos furiosos cuadrúpedos cuando ya otro ocupaba su lugar y me atacaba encarnizado.

«Mi defensa no podía ser más difícil. Las fuerzas principiaban á faltarme ya, y mi espe-



ranza á palidecer, cuando al revolver la escopeta sobre mi cabeza para dar mayor fuerza á los golpes, tropicé con una cosa que estaba detrás. Era una rama que caia á dos pies de distancia. Entónces se me ocurrió la idea de pasarme al árbol á que aquella rama pertenecia. Efectivamente, la cogí para atraerla y haciendo un gran esfuerzo trepé al árbol. Amparado en la rama principal pude ya respirar á mis anchas, porque estaba salvado.

»Más de media hora permanecí sin hacer movimiento alguno, asido de la rama. De vez en cuando miraba hacia abajo y veia á mis pies á las baquiras, que léjos de huir persistian en su ataque, revolviéndose al rededor del árbol, dando saltos desesperados y destrozando la corteza con sus dientes: á menudo suspendian sus hostilidades para contemplar á su compañera muerta y de allí volvian más enfurecidas que nunca.

»Por mi parte, contemplaba á mis irritados enemigos que expiaban todos mis movimientos, y dirigia mis miradas hacia el maizal, con la esperanza de descubrir algun vecino, ó algun amigo, para llamarlo en mi socorro.

»Hasta entónces no habia disparado la escopeta, la amartillé para que el ruido del tiro llamara la atención de alguien, cuando se me ocurrió que en vez de dispararla al aire seria más conveniente disminuir el número de mis acometedores. Entónces introduje una bala en el cañon é hice fuego á una baquira, que rodó por tierra.

»En vista de este resultado consideré lo más prudente apelar al mismo procedimiento con todas las demás. La segunda muerte no había espantado á las baquiras más que la primera; al contrario, se acercaron en grupo más compacto al rededor del árbol, levantando el hocico y dando gritos agudos, haciendo con estas manifestaciones más favorable la ocasión de exterminarlas. Me resolví á esto último; cargué, disparé, y tuve un enemigo menos. En seguida conté mis balas, que serian unas veinte, y examiné la cantidad de pólvora que me quedaba, la cual era abundante. Conté igualmente las baquiras: eran diez y seis, sin las tres que ya estaban muertas. Volví á cargar é hice fuego, y así continué, sin haber perdido más que un solo tiro.

»Cuando la caza estuvo concluida bajé del árbol y me ví rodeado de cadáveres. Aquello parecia una carnicería. Habia diez y nueve animales tendidos al rededor del árbol y el suelo estaba inundado de sangre.

»Aquella proeza cinegética metió mucho ruido en la comarca, y desde ese dia se me consideró como el primer cazador de Trinity-Bottou.»

AVVENTURAS DE UN DOMADOR

(Continuacion)

IX

Al año siguiente, siguiendo las exigencias de su vida errante, condujeron á Martin á Burnswick, adonde iba por segunda vez. En

esta ciudad recibió un golpe terrible: en el momento en que iba á dar una representación obligada, ante el duque de Burnswick y las damas de la corte, recibió súbitamente la noticia de la muerte de su hijo que estaba á pension en Brémer. Trastornado todavía por la emoción de semejante nueva tuvo que penetrar en las jaulas de sus fieras y hacerles ejecutar sus ejercicios ordinarios, pero la mano del domador temblaba y se observaba la commoción en su acento. Triste necesidad de la vida del artista que no comprende siempre un público exigente, que demuestra con frecuencia respecto á los que se desviven por divertirle una ferocidad mayor que la de los animales más carnívoros. El Duque advirtió la emoción del domador y volviendo al dia siguiente á visitar la colección: «Me parece, le dijo, que ayer no estabais bastante seguro de vos mismo.» Martin le explicó entonces bajo qué dolorosa impresión había dado la representación del dia anterior. El Duque quiso saber lo que hubiese hecho Martin si, aprovechándose de su turbación, las fieras hubieran demostrado intención de atacarle. El domador sacó un puñal y clavó contra la pared una moneda, pero la punta del arma se rompió al penetrar en el metal y el Duque le ofreció como recuerdo de su visita un puñal excelente que resistió la misma prueba.

Durante el curso de su larga carrera no le faltaron ocasiones frecuentes de aplicar sus conocimientos al alivio de los animales, y en todas ellas se vió la confianza que les inspiraba y la amable familiaridad en que vivian con él. Dominados por la dulzura tanto como por el valor y la audacia de su dueño, no hubieran pensado en hacerle responsable de los sufrimientos de la enfermedad, no hubieran tenido la idea de hacer expiar su dolor á sus compañeros de cautividad. Van Amburgh, contestando al duque de Wellington, que le preguntaba si había tenido miedo alguna vez, le dijo un dia: «El dia en que tuviese miedo, ó yo creyera que mis fieras no me lo tienen me retiraría inmediatamente.» Martin procuraba más hacerse amar que hacerse temer, no obstante se vió algunas veces obligado á hacer sentir á sus animales la fuerza de su puño; afortunadamente en semejantes circunstancias tenia la fuerza muscular de un Hércules. Al año siguiente, por ejemplo, cuando al salir de Ginebra pasaba por Fribourgo, una de las carretas de la caravana que llevaba trigo se rompió en un camino malísimo, y fué preciso cargar los sacos que conducia, encima de las jaulas con ruedas de la colección. A consecuencia de este transbordo, y tal vez tambien á causa del traqueteo ocasionado por los baches, la cadena que cerraba la jaula del tigre Atyr se deslizó sin que se advirtiera esto por el pronto, y cuando cerrada la noche uno de los conductores fué á buscar su capote á la cochera, dentro de la cual se habían colocado los carruajes, inmenso fué su terror al ver, á la luz vacilante de la linterna que llevaba en la

mano, al tigre Atyr tomando el fresco en el paso de su puerta, echado cuan largo era sobre el susodicho capote, detrás de su carruaje, y azotándose los ijares con la cola como si fuera á lanzarse sobre una víctima.

Martin estaba precisamente ocupado en aquel momento en una cuadra vecina troceando la carne para la racion de noche. La alarma se esparció rápidamente; á los gritos de los vecinos, que se habian parapetado precipitadamente en sus casas, el domador creyó entender *el tigre se muere!* en lugar de *el tigre está fuera!* Se precipitó, pues, en la cochera sin proveerse de ninguna arma, ni siquiera de una luz. Apénas hubo entrado, un gruñido revelador de su animal favorito le tranquilizó respecto á su existencia, pero al mismo tiempo dos ojos, brillantes como dos áscuas, le pusieron al corriente de la delicada posicion en que se encontraba. No se tomó tiempo para reflexionar. Se cubrió la mano con su gorra de piel de nutria, cogió al fugitivo por el cogote y con un vigoroso puñetazo le envió rodando al fondo de la jaula sin darle tiempo á que se rehiciera. Luego se apresuró á tranquilizar á los vecinos que se habian parapetado, costándole grande trabajo convencerles de que había desaparecido el peligro. La emocion que había experimentado y el violento choque que había tenido que soporlar le cortaron el habla y le impidían tranquilizar debidamente á sus huéspedes, que, viéndole á través de los faroles cubierto de sangre de los animales que estaban destrozando en el momento de la alarma, le creian medio devorado y perseguido de cerca por su terrible pensionista.

Hasta la primavera de 1829, Martin con su colección recorrió la Suiza y Alemania, y despues de una corta estancia en Strasburgo, fué á hacer una excursion á Baden-Baden, que empezaba á ser una ciudad de aguas de las más elegantes y frequentadas.

Uno de los visitantes más asiduos de la colección de Martin fué, en aquella época, el ilustre baron Cuvier, cuyas frecuentes preguntas sobre las costumbres de los animales, habian picado la curiosidad del domador aun antes de que supiese con quien tenia que habérselas. Supo el nombre de su asiduo espectador por casualidad, á consecuencia de un encuentro que el gran naturalista tuvo en la barraca con el príncipe hereditario de Prusia; uno de los más antiguos y entusiastas admiradores del domador. El príncipe se apresuró á intimar más el conocimiento. Entónces fué cuando Cuvier instó vivamente á Martin para que fuese á Francia, y con la seguridad de que hallaria en él protección y amparo, el domador resolvió sin demora dirigir sus pasos al pais natal, donde más de una vez había pensado exhibir sus animales ante la vista de sus compatriotas, á los cuales su vida nómada no había podido hacer olvidar. Habiendo terminado la estacion de Baden, regresó de nuevo á Suiza, y en Marzo de 1829 hizo su entrada en Lion con su caravana. (Se continuará.)

VARIEDADES.

Entre otras curiosidades que se exhibirán en la exposición de Paris, figura una alfombra formada de tiras de marfil.—Está valuada en 12.500 francos.

En Baltimore, (Estados Unidos) están ocupados en el tráfico de ostras unos 30,000 individuos y la flotilla para la pesca de este marisco en la bahia ó mar mediterráneo de Chesapeake, se compone de más de 700 balandros y otros barquichuelos. Algunos pescadores más expertos que otros abren hasta 25 galones de ostras por dia, que se pagan á razon de 20 centavos, y equivalen á un salario de 5 duros diarios. Hombres, mujeres, muchachas (la mayor parte de origen aleman) y muchachos, en número más ó menos grande, se ocupan incesantemente en el empaquetado y embarque de las latas de ostras que previamente se miden, lavan y clasifican. Las ostras crudas se envasan en latas á prueba de aire y luego se encajonan en serrín y hielo para la exportacion, embarcándose en cada estacion hasta quince millones. Además, se embarcan todos los años veinticinco millones de latas de ostras preparadas al vapor. Las que proceden de los criaderos en las sondas de Tangier y de Pocomoke son las más acreditadas. El 28 de setiembre emitió el Estado la licencia para pescar, y el 1.^o de octubre comenzó la estacion, que mediante los contratos celebrados con los mercados europeos, se cree que será muy lucrativa.

Ha reaparecido en el estadio de la prensa nuestro estimado colega «La Correspondencia de Barcelona.» Las acertadas reformas introducidas en él por su nueva y entendida dirección, han aumentado notablemente su interés e importancia.

El martes de la última semana se inauguró en Madrid el nuevo círculo denominado Jokey-club que como indica su nombre, está destinado á proporcionar á los aficionados los recreativos ejercicios del *sport*, y á fomentar en aquella capital las carreras de caballos.

Se nos asegura que merced á la valiosa iniciativa del señor duque de Fernan Nuñez vá á rehabilitarse brevemente en la misma localidad el antiguo hipódromo, y que en el caso de que fracase el proyecto, se trabajará sin levantar mano en la construcción de otro de nueva planta, en sitio á propósito y con las condiciones apetecibles.

Con motivo del régio enlace se celebrarán en Madrid, entre otras diversiones públi-

cas, carreras de caballos, habiendo sido invitadas para tomar parte en ellas varias sociedades de Andalucía.

Hay en el Niágara un hombre que está fabricando una balsa, con una casita al extremo para alojar unos cuantos gatos y perros, que tienen que hacer un viaje forzoso por encima de las cataratas. Si la balsa la cruza sin que resulte ningún daño a los gatos y perros, Robert White dice que intentará hacer el mismo viaje peligroso con una balsa semejante.

Pildoras Holloway.—Debilidad hereditaria.—Si no se pone la debida atención en las contaminaciones constitucionales y si no se hace lo posible para neutralizarlas, ellas suelen comunicarse a los descendientes y presentarse en formas sumamente repugnantes. El mal puede ser o impedido o remediado acudiéndose a estas píldoras purificantes, que pueden tomarse con seguridad y provecho desde el descubrimiento del primer síntoma hasta el desaparecimiento final de la dolencia. En las instrucciones impresas que acompañan a cada caja de la citada medicina todo paciente verá sencilla pero claramente indicado el modo de remover enfermedades recientes o crónicas de la mencionada clase. Como las píldoras Holloway promueven la digestión y la asimilación, los delicados por naturaleza adquieren una salud artificial y los que han decaído prematuramente recobran la que creían perdida para siempre.

ANUNCIOS.

Se vende un magnífico caballo para tiro, ligero. En la administración de este periódico se dará razon.

COLEGIO DE VILLAR.

Escuela de Náutica y Academia de Música.

Plaza de Cataluña, Paseo de Gracia.

BARCELONA.

Párvulos: 1.^a y 2.^a enseñanza completas, Idiomas, Comercio, Adorno y Carreras especiales civiles y militares.

El Colegio cuenta con 30 escogidos profesores conocidos todos por sus sólidos conocimientos prácticos en la enseñanza y en los principales círculos literarios.

Para más detalles dirigirse a la Dirección de 10 a 12 de la mañana y 4 a 6 de la tarde.

*El Profesor Secretario,
J. PUIG Y MORÉ.*

ESPECÍFICOS DEL DR. MORALES.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL.—Acreditado é infalible remedio árabe para curar los padecimientos de la cabeza, del estómago, del vientre, de los nervios, etc., etc.—12 y 20 rs. caja.

PANACEA ANTI-SIFILITICA, ANTI-VENÉREA Y ANTI-HERPÉTICA.—Cura breve y radicalmente la sífilis, el venéreo y los hérpes en todas sus formas y períodos.—30 rs. botella.

INYECCIÓN MORALES.—Cura infaliblemente y en pocos días, sin más medicamentos, las blenorreas, blenorragias y todo flujo blanco en ambos sexos.—20 rs. frasco de 250 gramos.

POLVOS DEPURATIVOS Y ATEMPERANTES.—Reemplazan ventajosamente a la zarzaparrilla ó cualquier otro refresco. Su empleo, aun en viaje, es sumamente fácil y cómodo.—8 rs. caja con 12 tomas.

PÍLDORAS TÓNICO GENITALES.—Muy celebradas para la debilidad de los órganos genitales, impotencia espermatorrea y esterilidad. Su uso está exento de todo peligro.—30 rs. caja.

Los específicos citados se expenden en las principales farmacias y droguerías de Barcelona y pueblos más importantes de la provincia.

DEPÓSITO GENERAL,

Dr. MORALES, Espoz y Mina, 18. MADRID.

Nota. El Dr. MORALES garantiza el buen éxito de sus específicos, comprobado en infinitos casos de su larga práctica como médico-cirujano, especialista de sífilis, venéreo, esterilidad e impotencia.—Admite consultas por escrito previo envío de 40 rs. en letra ó sellos de franqueo.—ESPOZ Y MINA 18, MADRID.

VETERINARIA

FUEGO ESPAÑOL

DE

HERRERO

Esta preparación es considerada como el revulsivo y resolutivo más energético que se conoce; obra a la hora de su aplicación, y con frecuencia antes, durando su acción cuatro días, y más si se desea; nunca deja señales en la piel.

PRECIO: 10 REALES.

Se vende en la farmacia del doctor Marqués y Matas, calle del Hospital, núm. 109.—Barcelona.